

VICENTE, GIL (1465 – 1536)

*TRAGICOMEDIA DE DON DUARDOS*

Entra primero la corte de Palmerín con estos

PERSONAJES:

EMPERADOR  
EMPERATRIZ  
FLÉRIDA  
ARTADA  
AMANDRIA  
PRIMALEÓN  
DON ROBUSTO.  
DON EDUARDOS  
GRIDONIA

Entra DON DUARDOS a pedir campo al EMPERADOR con PRIMALEÓN su hijo, sobre el agravio de GRIDONIA, diciendo:

D. DUARDOS  
Famosísimo señor,  
vuestra sacra magestad  
sea enalçada,  
y biva su resplandor  
tanto como su bondá  
es pregonada.

Y los dioses inmortales  
os den gloria 'n este mundo  
y en el cielo,  
pues sobre los terrenales  
sois el más alto y facundo  
de este suelo.

Vengo, señor, a pedir  
lo que no devéis negar,  
que vuestro estado

es por la verdad morir,  
y la verdad conservar  
con cuidado,

porque sois suma justicia.  
que es hija de la verdad;  
de tal son,  
que por ira ni amicia  
no dexe vuesa magestad  
la razón.

Porque, si con muestra de rey  
vendiéredes después, señor,  
falso paño,  
vos os quedaréis sin ley,  
y será emperador  
el engaño.

Gridonia, señor, está  
agraviada en extremo,  
y de manera  
que de pesar morirá,  
y, pues, señor, esto temo...  
¡Dios no quiera!

EMPERADOR.  
Esforçado venturero,  
muestra el razonamiento  
que havéis hecho,  
que sois más que cavallero.

D. DUARDOS.  
No soy más que quanto siento  
este despecho.  
Primaleón le mató  
a Periquín, que ella amava  
como a Dios;  
ansí que a ella herió,  
y, aunque con uno lidiava,  
mató dos.

PRIMALEÓN.  
¿Vos venís a demandallo?

D. DUARDOS.  
¿Por ventura sois, señor,

Primaleón?

PRIMALEÓN.

Yo soy.

D. DUARDOS.

Pues vengo a vengallo  
si el señor emperador  
no ha pasión.

EMPERADOR.

Cavallero, mal hazéis,  
quienquiera que vos seáis.

D. DUARDOS.

¿Por qué, señor?

EMPERADOR.

Porque razón no tenéis,  
y vuessa muerte buscáis,  
y no loor.

D. DUARDOS.

Mucho sonada es la fama  
del vuessu Primaleón,  
mas no dexa  
de ser hermosa la dama  
Gridonia, que con razón  
de él se aquexa.

PRIMALEÓN.

Ahora lo veréis presto,  
si tiene razón, si no.

D. DUARDOS.

Ya se tarda:

¡que las armas juzgan esto!

PRIMALEÓN.

Ora, pues, ¡ver quiero yo  
quién las aguarda!

Ahora se combaten los dos, y temiendo el EMPERADOR la muerte de dos tales caballeros, según tan fuertemente se combatían, mandó a su hija FLÉRIDA que los fuese a separar, y dice ella:

FLÉRIDA.

¡A paz, a paz cavalleros!,  
que no son para perder  
tales dos;  
y vuessos braços guerreros  
cessen, por me hazer plazer  
y por Dios.

Y a vos, hidalgo estrangero,  
pido por amor de mí,  
sin engaño,  
que vos seáis el primero  
que no queráis ver la fin  
de este daño.

D. DUARDOS.

Señora, luego sin falla,  
no por temor, ni por Dios,  
soy contento,  
porque más fuerte batalla  
contra mí traéis con vos:  
yo lo siento.

¡Oh admirable ventura!:  
que en medio de una cuestión,  
en extremo  
hallé otra más escura  
guerra, de tan pasión  
que la temo.

FLÉRIDA.

¿Ansí, noble cavallero,  
os vais, sin más descubrir?

D. DUARDOS.

Yo vendré.  
Cobraré fama primero,  
si amor me dexa bivir;  
mas ¡no sé!...

FLÉRIDA.

Diviérale preguntar  
su nombre, por lo saber,  
y hize mal.

ARTADA.

Si no es el Donzel del Mar.  
don Duardos deve ser,  
que es otro tal.

Idos DON DUARDOS y PRIMALEÓN, y sentada FLÉRIDA con la EMPERATRIZ,  
entra CAMILOTE, caballero salvaje, con MAIMONDA su dama, cogida de la mano; y  
siendo ella la cumbre de toda fealdad, CAMILOTE la viene alabando de esta manera:

CAMILOTE.

¡Oh Maimonda, estrela mía!  
¡Oh Maimonda, frol del mundo!  
¡Oh rosa pura!  
¡Vos sois claridad del día!  
¡Vos sois Apolo segundo  
en hermosura!  
Por vos cantó Salamón  
el cantar de los cantares  
namorador:  
sus canciones vuessas son,  
y vos le distes mil pares  
de cuidados.

MAIMONDA.

Todo loor es hastío  
en la perfección segura  
y manifiesta:  
bien basta que en ser vos mío  
se prueva mi hermosura  
bien compuesta.

CAMILOTE.

¡Bien dezís!

MAIMONDA.

Mas, ansí es.

CAMILOTE.

Esperad, señora mía.

MAIMONDA.

¿Qué, señor?

CAMILOTE.

Diana hermosa es,  
pero quiere cadaldía  
su loor.

Y las diosas soberanas  
muestras sañas y terrores  
a deshora,  
quando las lenguas humanas  
no publican sus loores  
cada hora.

Pues bien manifiesta y clara  
es la hermosura de ellas  
y el valer,  
¡pues a vos no se compara  
ni ellas, ni las estrellas,  
a mi ver!

MAIMONDA.  
Ni el mundo, por mi vida.

CAMILOTE.  
Pues dexaos loar, señora.

MAIMONDA.  
¿Para qué?

CAMILOTE.  
Porque es cosa sabida  
que quien ama y no adora  
no tien' fe  
¡Si esto fuesse lisonjaros.  
como muchos que han mentido  
a sus esposas!

Mas esso me da miraros  
que ver un vergel florido  
con mil rosas.

MAIMONDA.  
Ansí me dize el espejo,  
de essa propria manera  
de essos prados.

CAMILOTE.  
Señora, es mi consejo  
de tomar la delantera  
a esforçados.  
A Costantinopla vamos,  
señora, al emperador

Palmerín.

Allá quiero ir: ¡veamos  
lo que vuestro resplandor  
obra en mí!

Yo porné esta grinalda  
sobre vuessa hermosura,  
que es sobre ella;  
veremos, ¡oh mi esmeralda!  
quién dirá que ama figura  
tanto bella.

MAIMONDA.

¡No es mucho que vençáis,  
teniendo tanta razón!

CAMILOTE.

A esso os vo,  
que cada vez que miráis  
matáis de pura afición  
a aquel que os vio.

MAIMONDA.

Ya un ángel me dixo esso...

CAMILOTE.

¿Estando solos?

MAIMONDA.

Sí, señor.

CAMILOTE.

¿Apartados?

MAIMONDA.

Era ángel, ¿y pésaos de esso?

CAMILOTE.

Siempre me da vuesso amor  
más cuidados.

Pídoos que no habléis  
ni con ángeles, señora,  
de essa suerte.

Si no, ahorcarme haréis,  
y vos seréis causadora

de mi muerte.

MAIMONDA.

Vamos a donde queréis.  
Celos no los escusáis,  
que el que ama  
recela, como sabéis,  
quanto más vos que amáis  
a tal dama.

Dezidme, señor, os pido,  
¿es mayor dolor celar  
con razón,  
o mayor no ser querido?

CAMILOTE.

No ser querido y amar  
es gran pasión.

Llegan delante del EMPERADOR y dice CAMILOTE:

CAMILOTE.

¡Clarísimo emperador!  
sepa vuestra magestad  
imperial,  
que esta donzella es la frol  
de la hermosura beldad  
natural.

EMPERADOR.

¿Cúya hija es, si sabéis?

CAMILOTE.

Hija del Sol es, por cierto.

EMPERADOR.

¡Bien parece!  
¿En qué intención la traéis?

CAMILOTE

Por mostrar por quien soy muerto  
qué merece.

EMPERADOR.

¡Cobrastes alta ventura!  
¿Qué años habrá ella?



CAMILOTE.

Daré prueba  
que, a poder de hermosura,  
el tiempo vive con ella  
y la renueva.  
La primera vez que la vi,  
crea vuestra magestad  
imperial,  
que dije: "¡Oh triste de mí;  
atajada es mi edad  
por mi mal!"  
Empero, señor, será  
muchacha de cuarenta años,  
mas no menos.

EMPERADOR.

¿Y que es vuestra cuánto habrá?

CAMILOTE.

Señor, míos son los daños,  
no ajenos.

Pero ella no tien' cuya,  
y aunque vengo con ella  
como suyo,  
suyo soy, y ella suya,  
y en ver cosa tan bella  
me destruyo.

Y demás de su beldá,  
los hados la hizieron dina  
de gran fiesta,  
de suerte que no está  
'n el mundo muger divina  
sino ésta.

Pedíla a los aires tristes  
que la ayudaron a criar;  
respondieron  
con las tormentas que vistes  
quando las islas del mar  
se hundieron.

A la nieve la pedí,  
que del sol y también de ella

se formó;  
díxome: «Vote d'ahí,  
que quien pudo merecella  
no nació».

No le hazéis, damas, a ésta  
la devida cerimonia  
a vuessa guisa.

AMANDRIA.  
Señoras, ¡qué cosa es ésta!

ARTADA.  
Ésta deve ser Gridonia  
o Melisa.

FLÉRIDA.  
Parece a la reina Dido,  
y Camilote a Eneas!

ARTADA.  
¡Sí, a osadas!

FLÉRIDA.  
¡Espantado es mi sentido!  
¿Quién hizo cosas tan feas,  
namoradas?

EMPERADOR.  
Son los milagros de amores  
maravillas de Copido.  
¡Oh gran Dios,  
que a los rústicos pastores  
das tu amor encendido,  
como a nos!

Y a Camilote haze  
adorar en essa muerte,  
por mostrar  
que haze quanto le plaze  
y que nadie no le es fuerte  
de acabar.

Tales fuerças no tuvieron  
otros dioses poderosos,  
que haze ser

a los que nunca se vieron  
enamorados desseosos,  
sin se ver.

Estos son amores finos  
y de más alto metal,  
porque son  
los pensamientos divinos,  
y también es divinal  
la pasión.

Los amores generales,  
si dan tristeza y enojos,  
como sé,  
aunque sean especiales,  
primero vieron los ojos  
el porqué.

Mas el nunca ver de vista  
y ser presente la ausencia,  
y conversar.  
es tan perfecta conquista  
que traspasa la excelencia  
del amar.

CAMILOTE.

Todo esso padeció  
mi corazón dolorido,  
que por fama  
de esta dama se perdió,  
y sin verla fuí ardido  
en biva llama.

MAIMONDA.

Dezidme, por vuessa vida,  
quando me vistes, ¿qué vistes?

CAMILOTE.

Vi a Dios,  
y la campaña tañida  
de la fama, que hezistes  
para vos.

AMANDRIA.

¡No podía menos ser,  
porque es una Policena!

ARTADA.  
¡Tal es ella!

CAMILOTE.  
Bien podéis escarnecer,  
mas, ¡juro a Dios!, que ni Elena  
fue tan bella.

ARTADA.  
¡Algo será más hermosa  
Flérida!

CAMILOTE.  
¿Quién? ¿Aquella?  
¡Assaz de mal!  
¡Por Dios, vos estáis donosa!:  
comparáis una estrella  
a un pardal.

D. ROBUSTO.  
¡Mucho os desmandáis vos!

CAMILOTE.  
¿Queréislo vos demandar?

D. ROBUSTO.  
¿Sois cavallero?  
Si lo sois, juro a Dios  
que os haga yo tomar  
majadero.

¿Y en Flérida habláis vos?  
Nadie es dino de vella  
ni osamos,  
porque nos defende Dios  
que no pensemos en ella,  
que pecamos.

Y manda, no sé por qué,  
que, por do vaya o esté,  
la tierra sea sagrada,  
y sea luego adorada  
la pisada de su pie.

¡Oh herege entre barones!

¿Puede ser mayor locura  
que la excelsa hermosura  
compararla con tisonos,  
contra Dios, contra natura?

CAMILOTE.

Ante que hayamos enojos,  
cavallero, abrí los ojos,  
que devéis tener lagaña  
y veis por tela d'araña:  
¡cúmpleos poner antojos!

D. ROBUSTO.

¿A qué tengo de mirar?

CAMILOTE.

La belleza de Maimonda,  
que en la tierra, a la redonda,  
no se halló nunca su par  
ni señora de su suerte.

D. ROBUSTO.

Más cercana os es la muerte  
que la verdad, cavallero.

CAMILOTE.

Yo he sido tan certero  
que os juro que os acierte.

D. ROBUSTO.

Decid antes que os conquiste,  
con los hinojos hincados,  
la oración de los ahorcados,  
que es ell anima Christe,  
por vuessa ánima y pecados.

CAMILOTE.

¡Oh Maimonda, mi señora,  
vos que quitáis el recelo!

D. ROBUSTO.

Yo os juro a Dios del cielo  
que presto la dexéis ora.

CAMILOTE.

¡Vos ya no sois don Duardos,

ni menos Primaleón  
no seréis!

D. ROBUSTO.

Ni soy de los más bastardos  
en esfuerço y coraçón,  
como veréis.  
Y devéis por honra vuessa,  
pites de morir tenéis cierto  
de esta trecha,  
buscar luego antes de muerto,  
el que os haga la huessa  
muy bien hecha.

CAMILOTE.

¿Ansí?

D. ROBUSTO.

¡Sí, don salvaje!

CAMILOTE.

Muy alto, esclarecido  
emperador:  
yo nunca sufrí ultrage,  
sino sólo ser vencido  
del amor.

Cogí en bravas montañas  
esta grinalda de rosas,  
por hazaña,  
entre diez mil alimañas  
muy fieras, muy peligrosas,  
¡cosa estraña!

Y pues a tan peligrosa  
ventura, de buena gana  
me ofrecí,  
la doy a la más hermosa  
que nació en la vida humana  
hasta aquí.

Y qualquiera cavallero  
de esta corte, que dexiere  
que su dama  
la merece por entero,  
salga, y muera el que moriere,

por la fama.

Y aún qualquier que dixiere  
que a Flérida conviene  
más que a ella,  
yo le haré conocer  
que miente con quanto tiene,  
delante ella.

D. ROBUSTO.

Yo os lo quiero combatir.

CAMILOTE.

¿Vos, señor emperador,  
dais licencia?

EMPERADOR.

Sí doy, y allá quiero ir  
ver el campo y el loor  
y la sentencia.

(Vanse todos entra la infanta OLIMBA con DON DUARDOS).

OLIMBA.

¿Quánto tiempo ha, señor  
don Duardos, que partistes

D. DUARDOS.

No lo sé, porque el amor  
en la cuenta de los tristes  
siempre yerra.

Después que a Flérida vi,  
quando con Primaleón  
combatía,  
perdí la cuenta de mí,  
y cobré esta pasión  
que era mía.

Alcanzó par a su hermano;  
trúxome guerra consigo  
sólo en vella,  
tal, que no es en mi mano  
haver nunca paz conmigo  
ni con ella.

Dezidme, señora ifanta:  
Flérida, ¿Cómo la haveré?

OLIMBA.

Con fatiga,  
porque es su gravedad tanta,  
mi señor, que yo no sé  
qué os diga.

Mas es eso de hacer  
que vencerdes a Melcar  
en Normandía,  
ni quando fuistes prender  
a Lerfira en la mar  
de Turquía;  
ni matarles al soldán  
de Babilonia, que matastes  
y tan presto,  
por librardes de afán  
Belagriz, como librastes:

¡más es esto!

D. DUARDOS.

Essa guerra es ya vencida.  
¡En ésta quería esperança  
de vencer!

OLIMBA.

No la tengáis por perdida.  
que lo mucho no se alcança  
a bel plazer.

Muchos son enamorados  
y muy pocos escogidos,  
que amor,  
a los más altos estados,  
aunque los haga abatidos,  
es loor.

Dígolo porque si a Flérída  
amáis, como havéis contado  
y referido,  
cúmpleos mudar la vida  
y el nombre y el estado  
y el vestido.

D. DUARDOS.

Y aún el ánima mía  
mudaré de mis entrañas



al infierno!

OLIMBA.

Si amáis por esa vía,  
haréis las duras montañas  
plado tierno.

Iros hes a su hortelano,  
vestido de paños viles,  
con paciencia,  
de príncipe hecho villano,  
porque las mañas sotiles  
son prudencia,

y assentaros hes con él,  
después que le prometiéredes  
provecho,  
y avisaron hes de él,  
que no sinta en lo que hizierdes  
vuessos hecho.

Llevad estas piezas de oro  
y esta copa de las hadas  
preciosas;  
ternéis las noches de moro  
y ternéis las madrugadas  
muy llorosas.

Hazed que beva por ella  
Flérída, porque el amor  
que le tenéis  
a ella, os terná ella,  
y perdida de dolor  
la cobraréis.

D. DUARDOS.

A los fíoses inmortales  
suplico, señora mía,  
suplico, señora mía,  
os den gloria,  
y aministren a mis males  
camino, por esta vía,  
de vitoria.

OLIMBA.

¡Amén!, y ansí será,

porque en Venus confío,  
mi señora,  
que lo que suele hará,  
y le embiaré el clamor mío  
cada hora.

Vanse DON DUARDOS y OLIMBA (La escena es ahora en la huerta de FLÉRIDA) y vienen los hortelanos de la huerta: JULIÁN, COSTANZA ROIZ, su mujer, y FRANCISCO y JUAN, sus hijos. Y dice JULIÁN:

JULIÁN.  
¡Costança Roiz amada!

COSTANZA.  
Mi Julián, ¿qué mandáis?

JULIÁN.  
Que miréis cómo regáis,  
que estragáis la mesturada,  
que esta huerta  
me tiene la vida muerta.

COSTANZA.  
¡Amargo estáis!

JULIÁN.  
¡Topad presto!

(Se llama a la puerta).

COSTANZA.  
Mi amor, ¿qué fue ahora esto?

FRANCISCO.  
No sé quién llama a la puerta.

JULIÁN.  
Mi fe, sea quien quisiere,  
¡monda, acaba norabuena,  
ve, abaxa la melena!

FRANCISCO.  
¡Para'l ruin que tal hiziere!  
Vaya Juan.

JUAN.

Primero vendrá del pan  
y tocino una pieza,  
que yo baxe la cabeza.

JULIÁN.  
¡Ve, apaña el açafrán!

JUAN.  
¡Cuerpo de Dios con la vida!  
Pues tengo el nabo regado  
y el rosal apañado,  
¿no mereço la comida?

JULIÁN.  
Es plazer.  
Mirad, señora muger.

COSTANZA.  
¿Qué miráis, mi corderito?

JULIÁN.  
¡Quán ufano y quán bonito  
está el pomar donde ayer!

COSTANZA.  
¡Oh, qué cosa es el verano!

JULIÁN.  
Mirad, mi alma, el rosal  
cómo está tan cordeal  
y el peral tan loçano.

COSTANZA.  
¡Quán alegre y quán florido  
está, señor mi marido,  
el jazmín y los granados,  
los membrillos quán rosados,  
y todo tan florecido!  
Los naranjos y mançanos...  
¡alabado sea Dios!

JULIÁN.  
Pues más florida estáis vos.

(Se llama otra vez a la puerta).

FRANCISCO.

Padre, ¿no oís batir  
a la puerta ha ya un mes?

JULIÁN.

Algo vienen a pedir.

(Va JULIÁN a la puerta).

¿Quién está ahí?

D. DUARDOS.

¡De par es!

Julián, por Dios os ruego  
que abráis.

JULIÁN.

Si abrería,  
mas Flérida vendrá luego.

D. DUARDOS.

Pues, Julián, yo os dería  
cosas de vuesto sossiego  
y descanso y alegría.

JULIÁN.

Esperad, y llamaré  
la señora mi muger,  
que, si es cosa de plazer,  
solo no lo quiero ver,  
porque no lo gustaré.

Costança Ruiz, vení acá,  
que sin vos soy todo nada.  
Catad, señor, que esta entrada  
nunca se dio ni dará,  
que esta huerta es muy guardada.

Ábrele la puerta, y, viéndole en traje de trabajador, le dice:

JULIÁN.

Pero ¿dónde sois, hermano?

D. DUARDOS.

D'Inglaterra.

JULIÁN.

¿Y qué mandáis?

D. DUARDOS.

Querría ser hortelano  
si vos me lo enseñáis;  
y quiero dezirlo llano:  
en esta huerta, señor,  
está terrible tesoro  
que infinitas peças d'oro,  
y sólo yo soy sabidor:  
esto es cierto.

Hagamos un tal concierto  
que me tengáis simulado,  
y de vos perdé el cuidado  
si tenéis esto encubierto.

JULIÁN.

A la infanta ¿qué diremos  
se os viere aquí andar?

COSTANZA.

Por hijo puede passar,  
Julián le llamaremos.  
Vendrá ora,  
y yo le diré: «Señora...»  
Y lo demás quiero callar.  
Bien podéis aquí andar,  
y vengáis mucho en buen hora.

Al entrar DON DUARDOS en la huerta dice:

D. DUARDOS.

¡Huerta bienaventurada,  
jardín de mi sepultura  
dolorida,  
yo adoro la entrada,  
aunque fuese sin ventura  
la salida!

(Vase DON DUARDOS). Viene FLÉRIDA con sus damas, AMANDRIA y ARTADA, y vienen platicando por la huerta sobre el desafío de DON DUARDOS con PRIMALEÓN.

FLÉRIDA.

¡Oh cuánto honran la tierra  
los cavalleros andantes

esforçados!

AMANDRIA.

Mucho enamora su guerra,  
y aborrecen los galanes  
regalados.

FLÉRIDA.

¡Oh, qué grande cavallero!

ARTADA.

¿Quál, señora?

FLÉRIDA.

El que hirió  
a Primaleón

ARTADA.

No vino tal venturero  
a la corte, ni se vio  
tal corazón.

AMANDRIA.

¿Supo, señora, quién era?

FLÉRIDA.

Nunca se me quiso dar  
a conocer,  
mas, a según su manera,  
gran señor, a mi pensar,  
devía ser.

ARTADA.

¡Quán fuertemente lidiava!

AMANDRIA.

¡Oh, cómo se combatía  
apresurado!

FLÉRIDA.

¡Qué ricas armas armava  
y cuán mañoso lo hazía  
y cuán osado!

(Viene COSTANZA Roiz con unas rosas para FLÉRIDA).

COSTANZA.

Dios bendiga a vuesa alteza  
y os de mucha salud,  
y logréis la juventud  
sin fatiga ni tristeza.  
Estas rosas  
son de las más olorosas.

FLÉRIDA.

Serán de casta d'Hungría.  
Mas, dezidme, ¿no es día  
hoy de hazer afán?  
¿Dónde es ido Julián  
y toda su compañía?

COSTANZA.

No es día de holgar,  
sino donde hay plazer:  
un hijo nos vino ayer,  
que nos quitó gran pesar.

FLÉRIDA.

¡Bendígaos Dios!  
¿Otro hijo tenéis vos?

COSTANZA.

Veinte años haze este mes.

FLÉRIDA.

Pues que vuessos hijo es,  
dezilde que venga a nos.

COSTANZA.

Viene roto; hasta mañana  
no osará parecer.

FLÉRIDA.

El hombre queremos ver,  
que los paños son de lana.

COSTANZA.

¡Julián, mi hijo, mi diamán!,  
llámaos la Princesa  
Flérida.

(Sale DON DUARDOS).

D. DUARDOS.

¡Mas diesa  
que todos alabarán!

¿Cuál corazón osa ahora,  
es tan disforme visage  
y vil figura,  
ir delante una señora  
tan altísima en linage  
y hermosura?

Y vos, mis ojos indignos,  
¿quáles hados os mandaron,  
siendo humanos,  
ir a ver los más divinos  
que los dioses matizaron  
con sus manos?

FLÉRIDA.

¿Ha mucho que eres venido?  
¿En qué tierras andoviste,  
Julián?  
¿No hablas?

ARTADA.

¡Está corrido!

FLÉRIDA.

¿Quánto había que fuiste?

AMANDRIA.

¿Quieres pan?

ARTADA.

¡Bendiga Dios el niño.  
cómo es bonito y despierto!  
¿no lo veis?

AMANDRIA.

Busquémosle un paxarito.  
Éste ni vivo ni muerto,  
¿para qué es?

ARTADA.

¡El sí aprovechará



para bestia d'atahona!

AMANDRIA.

¡Con retrancas!

ARTADA.

¡Quán despacio molerá!

AMANDRIA.

¡O espulgará la mona  
por las ancas!

ARTADA.

Mas, ¡echémosle a nadar  
en el tanque!

AMANDRIA.

¡Bien será!

ARTADA.

¡Suso, vamos!

FLÉRIDA.

¿Por qué no quieres hablar?

ARTADA.

Señora, ¡él hablará  
si lo echamos!

D. DUARDOS.

Señoras, quando el corazón  
del esfuerço tiene mengua,  
ya se piensa  
que, de fuerça y con razón,  
será turbada la lengua  
y suspensa.

Porque yo vide a Melisa  
esposa de Recendós,  
que Dios pintó;  
vi Viceda y Valerisa,  
por quien el rey Arnedós  
se perdió.

Vi la hermosa Griola,  
emperatriz d'Alemaña,

y sus donzellas;  
vi Gridonia, una sola  
imagen de gran hazaña  
entre las bellas.

Y si Silveda y Finca,  
graciosísima señora  
mucho linda:  
vi las hijas de Tedeo  
y vi la infanta Campora  
y Esmerinda.

Mas, con vuestra hermosura,  
parecen moças d'aldea,  
con ganado;  
parecen viejas pinturas,  
tinas damas de Guinea,  
con brocado.

Son unas sombras de vos  
y figuras de unos paños  
de Granada,  
y tales os hizo Dios,  
que, aunque esté mundo mil años,  
no es nada.

FLÉRIDA.  
¿Viste a Primaleón  
en los reinos estrangeros,  
y sus famas?

D. DUARDOS.  
No es de mi condición  
de mirar a cavalleros,  
sino a damas.

ARTADA.  
¿En ti se entiende mirar?

D. DUARDOS.  
Conosco, señora mía,  
que soy ciego,  
ni también puedo negar  
que, ciego, sin alegría  
ardo en fuego.

FLÉRIDA.

Deves hablar como vistes,  
o vestir como respondes.

D. DUARDOS.

Buen vestido  
no haze ledos los tristes.

FLÉRIDA.

¡Oxalá tuviessen condes  
tu sentido!  
Anda, vete agasajar  
con tus padres y hermanos,  
por los quales  
holgaré de te amparar.

D. DUARDOS.

Beso vuessas altas manos  
divinales.

FLÉRIDA.

Vete, con la bendición,  
a comer cebolla cruda,  
tu manjar.

D. DUARDOS.

¡Quien tiene tanta pasión,  
todo comer se le muda  
en sospirar!

(Vase DON DUARDOS).

ARTADA.

El bovo muy bien assenta  
sus razones, y dirán  
sin letijo,  
si lo mira quien lo sienta,  
que no hizo Julián  
aquel hijo.

AMANDRIA.

Venida es la noche oscura:  
váyase vuessa alteza.

FLÉRIDA.

Aquel tal

que lamenta su ventura  
y exclama su tristeza...  
¿de qué mal?

AMANDRIA.

Es un modo de hablar  
general, que oís dezir  
a amadores,  
que a todos veréis quejar,  
y ninguno veréis morir  
por amores.

Julián, sin saber qué es,  
quiere ordenar también  
de quejarse,  
y muchos tales verés:  
mas querría ver alguien  
que amase.

Si alguno al dios Apolo  
hiziesse adoración  
por su dama,  
y esto estando solo  
y llorando su pasión,  
éste ama.

Mas delante son Mancías:  
en ausencia son olvido:  
y el querer  
es amar noches y días,  
y quanto menos querido,  
más plazer.

Estas cosas las va diciendo AMANDRIA al marcharse de la huerta FLÉRIDA y sus damas; e idas (las tres, viene DON DUARDOS con JULIÁN y COSTANZA, y) dice DON DURADOS a JULIÁN:

D. DUARDOS.

Toda esta noche, señor,  
me conviene trabajar,  
que el tesoro  
de noche quiere el lavor;  
yo me voy luego a cavar  
como moro.

COSTANZA.

Ora, andad con Dios, hermano.  
Yo quiero cerrar mi puerta  
bien cerrada.  
Las noches son de verano;  
aunque durmáis en la huerta  
no es nada.

¡Oh, señores tres reys magos  
que venistes de Oriente,  
por vuestros santos milagros,  
que ayudéis aquel bergante  
a buscar muchos ducados!

JULIÁN.  
Veníos acostar, señora.

(Canta JULIÁN).

«Soledad tengo de ti,  
¡oh, tierras donde nascí!»

COSTANZA.  
¡Ay, mi amor, cantalda ahora!

(Canta JULIÁN).

JULIÁN.  
«Soledad tengo de ti,  
¡oh, tierras donde nascí!»

(Hablado).

¡Bien solía yo mosicar  
'n el tiempo que Dios querría!

COSTANZA.  
Como os oyo cantar  
llórame ell ánima mía.

JULIÁN.  
Vámonos ora acostar.

(Vanse JULIÁN y COSTANZA).

(Primer) Soliloquio de DON DUARDOS.

D. DUARDOS.

¡Oh, palacio consagrado!  
pues que tienes en tu mano  
tal tesoro,  
devieras de ser labrado  
de otro metal más ufano  
que no oro.

Huvieron de ser robines,  
esmeraldas muy polidas  
tus ventanas,  
pues que pueblan serafines  
tus entradas y salidas  
soberanas.

Yo adoro, diosa mía,  
más que a los dioses sagrados,  
tu alteza,  
que eres dios de mi alegría,  
criador de mis cuidados  
y tristeza.

A ti adoro, causadora  
de este vil oficio triste  
que escogí;  
a ti adoro, señora,  
que mi ánima quesiste  
para ti.

No uses de poderosa  
porque diziendo te alabes:  
«yo vencí»;  
ni sepas cuánto hermosa  
eres, que si lo sabes,  
¡ay de mí!

¡Oh, primor de las mugeres,  
muestra de su excelencia,  
la mayor!  
¡Oh, señora, por quien eres,  
no niegues la tu clemencia  
a mi dolor!

¡Por los ojos piadosos  
que te vi 'n este lugar,  
tan sentidos,

claríficos y lumbrosos,  
dos soles para cegar  
los nacidos,

que alumbres mi corazón,  
oh, Flérida, diosa mía,  
de tal suerte,  
que mires la devoción  
con que vengo en romería  
por la muerte!

Tú duermes, yo me desvelo,  
y también está dormida  
mi esperanza.  
Yo solo, señora, velo,  
sin Dios, sin alma, sin vida  
y sin mudança.

Si el consuelo viene a mí,  
como a mortal enemigo  
le requiero:  
«Consuelo, vete d'ahí,  
no pierdas tiempo conmigo,  
ni te quiero».

Esto es ya claro día.  
Darles he de este tesoro,  
porque el mío  
es Flérida, señora mía,  
de cuyo dios yo adoro  
su poderío.

(Entran JULIÁN y COSTANZA).

JULIÁN.  
Mala noche havéis llevado,  
harto escura, sin lunar.

D. DUARDOS.  
Y sin plazer.

COSTANZA.  
Vuessó almoço está guisado.

D. DUARDOS.  
Trabajar y sospirar

es mi comer.  
Veis aquí lo que saqué  
aquesta noche primera.

JULIÁN.  
¡Oh, qué cosa!  
¡Pardiez, aína diré  
que no es Flérida en su manera  
tan hermosa!

D. DUARDOS.  
¡Ay, ay!

JULIÁN.  
¿Venís cansado?

D. DUARDOS.  
Mi corazón lo diría  
si osasse.

COSTANZA.  
¿Comeréis un huevo assado,  
mi hijo, mi alegría?  
¿O qué queréis que os asse?

D. DUARDOS.  
No hablemos en comer:  
dexadme gastar la vida  
en mi tesoro.  
Esta copa ha d'haver  
Flérida, que es descendida  
de un rey moro,  
ésta le viene de herencia  
de sus agüelos pasados.  
Cumple a nos  
dársela por conciencia;  
y los trezientos ducados,  
para vos.

COSTANZA.  
¡Oh, mi hijo y mi hermano,  
mi sancto descanso mío  
y de mi vida:  
Dios os truxo a nuestra mano,  
y fue por él, yo os fío,  
la venida!



Su alteza vendrá ora,  
que ya acabó de yantar  
ha buen rato.

JULIÁN.

¡Oh, Dios! ¡Quién tuviera ahora  
para os agasajar  
un buen pato!

COSTANZA.

Andad acá, hijos míos,  
y pornemos en recaudo  
lo que hallamos.  
¡Dios sabe ora cuán vazíos  
y sin blanca ni cornado  
nos hallamos!

Vamos, hijo, a la posada.  
y descansaréis, siquiera,  
de la noche  
mala que havéis llevada:  
no faltará una estera  
en que os eche.

(Vanse todos y) vienen FLÉRIDA, ARTADA y AMANDRIA a la huerta, y dice  
FLÉRIDA:

FLÉRIDA.

¡Jesús!, ¿qué cosa es ésta?  
¡No hazen hoy labor  
ni ayer!

ARTADA.

Terná ochavas la fiesta  
de su hijo y su amor,  
con plazer.

FLÉRIDA.

Amandria, por vida vuestra,  
que lo busquéis, y llamaldo.

AMANDRIA.

Sí, señora.

FLÉRIDA.

Y si os hiziere muestra

de poca gana, dexaldo  
por ahora.

(Vase AMANDRIA y vuelve con DON DUARDOS).

AMANDRIA.

Dize la señora infanta  
que holgara de te ver  
trabajar.

D. DUARDOS.

No será su gana tanta  
quanto será mi placer  
de la agradar.

AMANDRIA.

¿Sabes sembrar toda suerte?

D. DUARDOS.

Señora, soy singular  
hortelano;  
mas esta tierra es tan fuerte,  
que pienso que el trabajar  
será vano.

Cavaré de corazón  
y regaré con mis ojos  
lo sembrado:  
no cansará mi pasión,  
porque mis tristes enojos  
son de grado.

(Llegan adonde está FLÉRIDA).

AMANDRIA.

Señora, por mi salud,  
que yo no puedo entender  
hombre tal.

D. DUARDOS.

¡Oh, triste mi juventud,  
tú veniste a mi poder

FLÉRIDA.

por mi mal!  
¿De qué te quejas?

D. DUARDOS.

De Dios,  
porque no nos hizo iguales  
los nacidos,  
y, sin manzilla de nos,  
nos dio ojos corporales  
y sentidos.

Los ojos para mirar,  
sentir para conocer  
lo mejor,  
alma para dessear,  
coraçón para querer  
su dolor.

FLÉRIDA.

¿Sabes ler y escrevir?

D. DUARDOS.

Señora, no soy acordado  
si lo sé.

FLÉRIDA.

¿Haste de tornar a ir?

D. DUARDOS.

Si me prendió mi cuidado,  
¿a dó me iré?

(Entra COSTANZA con fruta para FLÉRIDA).

COSTANZA.

Señora, haze gran siesta.  
Coma vuessa Alteza de esta  
fruta mía,  
pues le plaze con mi fiesta.

FLÉRIDA.

Amandria, hazedme presta  
agua fría.

(COSTANZA Roiz se ofrece a traérsela y vuelve en seguida trayendo) agua para  
FLÉRIDA en la copa encantada. Y al verla, dice AMANDRIA primero:

AMANDRIA.

¡Qué copa tan singular!  
¿Vuessa es ésta?

COSTANZA.  
Sí, señora,  
rosa mía.

AMANDRIA.  
¡Dios os la dexé lograr!

COSTANZA.  
Mi hijo la truxo ahora  
de Turquía.

FLÉRIDA.  
¡Oh, qué copa tan hermosa!  
Tal joya, ¿cuya será?

D. DUARDOS.  
Vuessa, señora.  
Y no tan preciosa  
como es la voluntad  
que la dora.

FLÉRIDA.  
¿Dónde la huviste, Julián?

D. DUARDOS.  
En unas luchas reales  
la gané.

FLÉRIDA.  
Quiérola, y pagártela han.

D. DUARDOS.  
¡Si fuessen pagas iguales  
a mi fe!

Después de beber FLÉRIDA, dice ella:

FLÉRIDA.  
¡Oh, qué agua tan sabrosa!  
toda se m'apostó  
'n el corazón.  
Y la copa, ¡muy graciosa!  
¡Oh, Dios libre a quien la dio

de pasión!

D. DUARDOS.

Voy, señora, a trabajar.  
Dios sabe quán trabajado.

FLÉRIDA.

Mucho mejor empleado  
te devieras emplear.  
Tu figura,  
en tal hábito y tonsura,  
causa pesar en te viendo.

D. DUARDOS.

Pues aún quedo deviendo  
loores a la ventura.

FLÉRIDA.

¿No fuera mejor que fueras  
a lo menos escudero?

D. DUARDOS.

Oh, señora, así me quiero:  
hombre de baxas maneras;  
que el estado.  
no es bienaventurado,  
que el precio está en la persona.

ARTADA.

Señora, es hora de nona  
y de os ir a vuessos estrado.

FLÉRIDA.

Quédate adiós, Julián.

D. DUARDOS.

Yo, señora, no me quedo:  
también vo.  
Los cuidados quedarán;  
pero yo quedar no puedo:  
tal estó.

FLÉRIDA.

¿Adónde te quieres ir?  
No te vayas, por tu vida;  
tien sossiego.

Y si te havías de partir,  
¿para qué era tu venida,  
y irte luego?

(Aparte a ARTADA).

Si Julián se partiese,  
por causa de nuestra vieja  
pesam'hía  
como si mucho perdiese.

ARTADA.  
Si conmigo se aconseja,  
no se iría.

(Vanse FLÉRIDA, ARTADA, AMANDRIA y COSTANZA). Después de idas, dice  
JULIÁN a DON DUARDOS.

JULIÁN.  
¿Queréis ora que os diga?  
Hermano, muy bien haréis  
que esta noche no cavéis  
ni os deis tanta fatiga.  
Cenaremos,  
y, antes que nos echemos,  
tomaremos colación.

D. DUARDOS.  
Ni yo ni mi corazón  
no cumple que reposemos.  
Hora es que os acojáis;  
voy a cavar mi riqueza,  
no que descubra tristeza  
los secretos de mis ais.

(Vase JULIÁN).

Soliloquio segundo de DON DUARDOS:

D. DUARDOS.  
¡Oh, floresta de dolores,  
árbores dulces, floridos,  
inmortales:  
secárades vuessas flores  
si tuviérades sentidos  
humanales!

Que partiéndose d'aquí  
quien haze tan soberana  
mi tristura,  
vos, de manzilla de mí,  
estuviérades mañana  
sin verdura.

Pues acuérdesete, Amor,  
que recuerdes mi señora  
que se acuerde  
que no duerme mi dolor,  
ni soledad sola una hora  
se me pierde.

Amor, Amor, más te pido:  
que cuando ya bien despierta  
la verás,  
que le digas al oído:  
«Señora, la vuessa huerta...»,  
y no más...

Porque, Amor, yo quiero ver,  
pues que dios eres llamado  
divinal,  
si tu divinal poder  
hará subir en bocado  
este sayal:

que, para seres loado,  
a milagros te esperamos,  
que lo igual  
ya sin ti se está acabado.  
Por lo imposible andamos:  
no por ál.

Alborada, a ti adoro.  
¡Oh, mañana, a ti loamos  
de alegría!  
Quiero llevar más tesoro,  
y contentar a mis amos,  
que es de día.

Vase DON DUARDOS; y viene FLÉRIDA descubriendo a ARTADA el amor que tiene a DON DUARDOS, sin saber quién era, y dice:

FLÉRIDA.

¡Oh, Artada, mi amiga,  
llave de mi corazón!  
tal me hallo,  
que no sé cómo os diga  
ni calle tanta pasión  
como callo.

Deziros quiero mi vida.  
No que de tal desvarío  
digo nada;  
mas es una alma perdida  
que habla en el cuerpo mío,  
ya finada.

Bien os podéis santiguar  
de mí, que soy atentada  
del amor,  
y amor en tal lugar  
que no oso dezir nada,  
de dolor.

Esconjuradme, y sabréis  
de esta ánima que os digo  
ya defunta,  
quién era y de cuya es:  
dirá que del enemigo  
toda yunta.

ARTADA.

No entiendo a vuessa alteza.

FLÉRIDA.

Ni yo quisiera entender  
a Julián.

ARTADA.

¡Jesús!, y vuessa grandeza,  
vuesso imperio y merecer,  
¿qué le dirán?

FLÉRIDA.

Mas ¿qué haré?

ARTADA.

¿Qué haréis?



Tenéis príncipe en Hungría  
y en Francia,  
que vos muy bien merecéis,  
y príncipe en Normandía,  
que es ganancia.  
Tenéis príncipe en romanos,  
don Duardos en Inglaterra,  
gran señor,  
y todos en vuestras manos.

FLÉRIDA.

Julián me da la guerra  
por amor.  
Esta noche lo asseché  
y dixo que es cavallero,  
y no hortelano,  
sabed de él, por vuestra fe,  
qué hombre es, que crer no quiero  
que es villano.

Viene AMANDRIA con las doncellas músicas, y dice:

AMANDRIA.

La emperatriz, señora,  
vuessa madre, va a caçar.  
Embíaos a preguntar  
si iréis caçar ahora  
o si holgáis más 'n el pomar.

FLÉRIDA.

No es razón,  
que está en muda mi halcón  
y el açor desvelado,  
y, más, ido el mi amado  
hermano Primaleón.

Viene COSTANZA ROIZ, y dice, llorando, a FLÉRIDA:

COSTANZA.

¿Ha hí açúcar rosado,  
señora, en vuessa casa?

FLÉRIDA.

¿Para qué?

COSTANZA.

Mi hijo está maltratado,  
que el corazón se le abrasa.

FLÉRIDA.  
No lo sé.

COSTANZA.  
Dos vezes se ha amortecido.

ARTADA.  
¡Si lo apalpa la tierra!...

AMANDRIA.  
Quien guardó ganado en sierra,  
en el poblado es perdido.

COSTANZA.  
Es mi hijo muy sesudo.  
Nuessio Señor me lo guarde.  
Sospira de tarde en tarde,  
pero quéxase a menudo,  
que el ánima se le arde.

FLÉRIDA.  
¿Qué será?

COSTANZA.  
Señora, no sé qué ha;  
sus lágrimas son iguales  
a perlas orientales:  
tan gruessas salen d'allá.

D. DUARDOS.  
Madre, ¿dónde iré cavar?,  
que no puedo estar parado  
ni sossiego.  
No se entienda descansar  
en mí, porque, descansando,  
muero luego.

COSTANZA.  
Mas dexad, hijo, la açada,  
y mirad estas donzellas  
que aquí veis.  
Requebraos con Artada  
y hablad con todas ellas,  
y holgaréis.

FLÉRIDA.

Vamos passar los calores  
debaxo del naranjal.

D. DUARDOS.

Señora, ahí es natural:  
caerá flor en las flores.

FLÉRIDA.

¿De manera  
que siempre tienes ligera  
la respuesta enamorada?

(Aparte a ARTADA:)

¿No os digo yo, Artada,  
que va honda esta ribera?

ARTADA.

Señora, yo estó espantada.

FLÉRIDA.

Tened vuessos instrumentos,  
que pensativa me sienta,  
y de un solo pensamiento  
nacen muchos pensamientos,  
sin ningún contentamiento.

Yo sospecho  
en el centro de mi pecho,  
y mi corazón sospecha  
que esta cosa va derecha  
para yo perder derecho.

Tocan las damas sus instrumentos, y dice ARTADA:

ARTADA.

Señora, ¿qué cantaremos?

FLÉRIDA.

Julián lo dirá presto.

D. DUARDOS.

Señoras, cantad aquesto:  
«¡Oh, mi pasión dolorosa,

aunque penes, no te quexes.  
ni te acabes, ni me dexes.

Dos mil suspiros embío  
y doblados pensamientos,  
que me trayan más tromentos  
al triste corazón mío.

Pues amor, que es señorío,  
te manda que no me dexes,  
no te acabes ni te quexes!»

FLÉRIDA.

Mas, cantad esta canción:  
«Quién pone su afición  
do ningún remedio espera,  
no se aquexe porque muera».

D. DUARDOS.

Mas, podéis muy bien cantar:  
«Aunque no espero gozar  
galardón de mi servir,  
no me entiendo arrepentir».

Cantar esta cantiga, y acabada, dice DON DUARDOS:

D. DUARDOS.

No más, por amor de Dios,  
que yo me siento espirar,  
quién fuesse esclavo de vos!

(Dice ARTADA a FLÉRIDA:)

ARTADA.

Señora, para más holgar  
no son horas.

AMANDRIA.

La música deve ser  
su madre de la tristura.

FLÉRIDA.

¡Oh, cuitada,  
quién me tornasse a nacer,  
pues me tiene la ventura  
condenada!

Holgara de oír cantar:  
«Si eres para librar  
mi coraç de fatigas,  
¡ay, por Dios, tú me lo digas!»

D. DUARDOS.  
Por deshecha cantarán:  
«El gallo y el gavilán  
no se matan por la prea,  
sino porque es su ralea».

FLÉRIDA.  
¡Adiós, adiós, Julián!  
Esta huerta te encomiendo  
por tu fe.

D. DUARDOS.  
Mis ojos la mirarán,  
mas suspirando y gemiendo  
la veré.

Yéndose FLÉRIDA, llorando, con sus damas, dice ARTADA:

ARTADA.  
¿Cómo vais así, señora?

FLÉRIDA.  
No sé, llóranme los ojos  
de contino;  
y también mi alma llora,  
y son tantos mis enojos  
que me fino.

(Vanse FLÉRIDA y sus damas y COSTANZA). Viendo DON DUARDOS la pena de FLÉRIDA, dice:

FLÉRIDA  
¡Oh, mi ansia peligrosa,  
dolor que no tiene medio,  
pues busqué  
medicina provechosa,  
y con el mismo remedio  
me maté!

Que si Flérida es herida  
de tal dolor como yo,

tan extraño,  
oh, cuitada de mi vida!  
mi corazón, ¿qué ganó  
en tal daño?

¡Oh, Olimba! ¿qué heziste?:  
que para remediarme,  
de mil suertes  
heziste a Flérida triste;  
y verla triste es matarme  
de mil muertes.

La copa me echó en medio  
de un plazer que me desplaze  
y descontenta;  
pues, ahora, ¿qué remedio?,  
que lo que me satisface  
me atromenta.

Oh, preciosa diesa mía.  
yo confiesso que pequé,  
señora, a ti,  
y por esso ell alegría  
del remedio que busqué  
es contra mí:

conozco que fue traición.  
¡Perdona, rosa del mundo,  
al que pecó,  
porque fue mi corazón,  
que con gran querer profundo  
te erró!

Viene JULIÁN a visitar a DON DUARDOS y viene cantando:

JULIÁN.  
«Éste es el calbi ora bi  
el calbi sol fa mellorado».

D. DUARDOS.  
¡Quién tuviesse el tu cuidado,  
y no del triste de mí!

JULIÁN.  
¿Cómo os va, bon amí?

D. DUARDOS.

Cansado.

JULIÁN.

Parece que havéis llorado.

D. DUARDOS.

Nunca tan triste me vi.

No me hallo en esta tierra,

y este tesoro me tiene;

éste sólo me da guerra,

que, cuando andaba en la sierra,

hazía vida solene.

JULIÁN.

Pues deveisos d'avezar

a bivar entre la gente,

y será bien de os casar

en este nuestro lugar

con una moça valliente.

Quiéroos dar

moça que tiene un telar

y arquibanco de pino,

afuera que ha de heredar

una burra y un pumar

y un mulato y un molino.

No os burléis, hermano, vos:

que la pide un calcetero

y un curtidor o dos,

y por aquí plazerá a Dios

que saldréis de ser vaquero.

Es moça baxa, doblada,

es morena pretellona,

graciosa, tan salada

que no la mira persona

que no quede enamorada.

Es muchacha que havrá

treinta años que tiene muelas.

y, según holgada está.

a la voluntad me da

que escusadas son espuelas.

Júroos, hermano mío.  
que os viene Dios a ver,  
que, aunque el padre fue judío,  
y su padre y su nació,  
tiene muy bien de comer.  
Sí, por Dios, que no os miento.

D. DUARDOS.

Ios, Julián amigo:  
no habléis cosa de viento,  
que el cansado pensamiento  
harto mal tiene consigo.

(Llama JULIÁN a COSTANÇA).

JULIÁN.

¡Costança Roiz, amor mío!  
¡Ah, señora, vida mía!

(Sale COSTANZA).

COSTANZA.

¿Qué me queréis, señor mío!

JULIÁN.

Que sin vuessa compañía  
no tengo plazer ni brío.  
Estoyle diziendo yo  
que case con Grimanesa;  
pues que tanto bien halló  
y para nos lo cavó,  
que le demos buena empresa.

COSTANZA.

Si la moça no rehúsa,  
buen casamiento sería;  
as es una garatusa  
que de mil otros se escusa  
que la piden cadaldía.

(Habla DON DUARDOS).

D. DUARDOS.

Fortuna, duélete de mí  
y haze cuenta conmigo:  
no cobres fama por mí



de cruel, porque está aquí  
el mi cruel enemigo,  
quando yo la muerte pido?  
¡Oh, mi dios, señor Cupido,  
loado seas por esto,

JULIÁN.  
que a tal punto me has traído!

D. DUARDOS.  
¿Qué dezís?

JULIÁN.  
Yo me entiendo.  
¡Anda hombre por honraros  
y ampararos y obligaros,  
y aún vos estáis gruñiendo!

Por vida de esta mi amada,  
que es la moça (¡y qué tal  
moça!) machuela y doblada,  
pescoço cuerto, amassada.  
salada como la sal.

¡Y vos aún rehusáis  
de casar con Grimanesa!  
¡Oh, qué moça allí dexáis!

D. DUARDOS.  
Ruégoos mucho que os vais:  
iré proseguir mi empresa.

Vanse los hortelanos y queda solo DON DUARDOS. Y porque la princesa FLÉRIDA, queriéndose apartar de esta conversación, y temiendo el mal que se le podía seguir, determinó no volver a la huerta, dice DON DUARDOS lo que sigue en este tercer soliloquio: (Soliloquio tercero de DON DUARDOS).

D. DUARDOS.  
Tres días ha que no viene:  
guisándome está la muerte  
mi señora.  
Señora, ¿quién te detiene?  
No sé cómo estoy sin verte  
sola una hora.

Pues de darme eres servida

despiadosa batalla  
y triste guerra,  
y mi paz está perdida,  
¡muerte, llévame a buscalla  
so la tierra!

Que, quando Amor me prendió,  
dixo: «Presto has de morir  
por justicia».  
Luego me sentenció,  
y aluéngame el bivir  
con malicia.

Dios de amor, ¿no te contentas  
que te quiero dar la vida  
'n este día,  
la misma que tú atromentas?  
¡Sácame la dolorida  
alma mía!

¿Qué más quieres? ¡Oh, huerta,  
desseo verte arrancada  
donde estó!  
¡Quema tu cierca y tu puerta,  
pues estás tan olvidada  
como yo!

Tu diosa, ¿por qué no viene  
ver que este suyo se va  
al infierno,  
onde por su amor pene,  
y la gloria será,  
que es eterno?

Apretando el amor a la princesa FLÉRIDA, y no pudiendo ella cumplir el decreto que a sí misma se impuso, manda primero a ARTADA; y, viéndola venir DON DUARDOS, dice entre sí:

D. DUARDOS.  
Aquí do viene Artada:  
del mal lo menos es bueno.  
Ya siquiera  
mi ánima atribulada  
dirá el mal de que peno  
y la manera.

Que no puede ser tan cruda  
la donzella bien criada  
per nivel,  
que no sea más sesuda,  
más secreta y más callada  
que cruel.

ARTADA.  
Costança Roiz, ¿qué es de ella?

D. DUARDOS.  
Señora, ¿qué la queréis?

ARTADA.  
Quiero rosas.

D. DUARDOS.  
Yo las cogeré sin ella.  
¿De mí no las tomaréis?

ARTADA.  
¡Quántas cosas!  
¿Querísme hazer entender  
quién sois y lo que buscáis  
por aquí?

D. DUARDOS.  
Y la que os manda esso saber,  
¿por qué no le preguntáis  
qué es de mí?

¿Y por qué se ausentó  
de dar vista al triste ciego  
extrangero  
que su alteza cegó?  
Y ciego caí en el fuego  
en que muero.

¿No hay más piedad ni ley  
que matarme en tierras estrañas.  
sin ventura?  
¡Oh, Flérída, memento mei,  
que se gastan mis entrañas  
con tristura!

ARTADA.

¿Cómo? ¿Señora tan alta  
cabe en vuestro corazón?

D. DUARDOS.

'N ell alma está  
toda sin ninguna falta;  
y en ell alma, la pasión  
que me da.  
Porque el triste corazón  
está ocupado con fuego  
y con fe,  
con suspiros, con razón,  
con amores, con ser ciego:  
y esto sé.

Pues ¿dó cabrá mi alegría?  
¡Oh, mis dolores profundos!,  
¡ay de mí!  
¿Qué haré, soledad mía?  
¡Oh, señora de mil mundos!,  
¿qué es de ti?  
en hablades con Artada,  
su querida.

ARTADA.

Algo devéis descansar

D. DUARDOS.

¿Por qué no viene a holgar  
ha tres días?

ARTADA.

De anojada  
y arrepentida.  
Llorando le oí dezir  
que ha de mandar quemar  
luego la huerta;  
y no ha aquí de venir,  
a ver si puede olvidar  
esta puerta.

D. DUARDOS.

¿No verná, por vuesa fe?

ARTADA.

No, hasta ser sabidora

quién sois vos.

D. DUARDOS.

Señora, esso, ¿para qué?  
Soy suyo; ella es mi señora  
y mi dios.

ARTADA.

Ya Flérida es sabedor  
que sois grande cavallero,  
y, más, barrunta  
que seréis grande señor.

D. DUARDOS.

Quien tiene amor verdadero  
no pregunta  
ni por alto ni por baxo  
ni igual ni mediano.  
Sepa, pues,  
que el amor que aquí me traxo,  
aunque yo fuesse villano,  
él no lo es.

ARTADA.

¿Esso queréis vos que baste  
para tan alta princesa  
y de tal ley?  
Antes que más ruegos gaste,  
descobrid a aquella diesa  
si soys rey.

D. DUARDOS.

¿Qué merced me haría ella  
si yo fuesse su igual  
sin más glosa?  
Flanqueza se espera de ella,  
como diesa imperial,  
milagrosa.

¿Para hazer merced se vela,  
para piedad se atalaya  
tal señora?  
¿Para qué busca cautela  
con el triste que desmaya  
cada hora?

¿Y por qué, señora, me deshaze  
si piensa ser yo el señor  
que dezís vos?  
Si no, ¿por qué no me haze  
de nada, por su loor,  
pues es Dios?

Que si me pone en olvido  
por nascer baxo vassallo,  
y no señor,  
será «correr al corrido»  
y «al moro muerto matallo»,  
que es peor.

ARTADA.

El diablo os truxo acá,  
que essas palabras no son  
de villano.  
No sé por qué os queda allá  
quién sois 'n esse corazón  
inhumano!  
Voyme, y no sé qué diga.

D. DUARDOS.

Dezid que no sé quién so  
ni qué digo,  
ni qué haga, ni qué siga;  
ni sé si soy hombre yo,  
ni estoy conmigo.

Dezilde que no tengo nombre,  
que el suyo me lo ha quitado  
y consumido;  
y dezid que no soy hombre,  
y si hombre, desventurado  
y destroído.

Soy quien anda y no se muda,  
soy quien calla y siempre grita  
sin sossiego;  
soy quien bive en muerte cruda,  
soy quien arde y no se quita  
de su fuego.

Soy quien corre y está en cadena,  
soy quien buela y no s'alexa

del amor;  
soy quien plazer ha por pena,  
soy quien pena y no se aquexa  
del dolor.

Y dezilde que, si soy rey,  
sospiros son mis reinados  
trunfales,  
y si soy de baxa ley,  
basta seren mis cuidados  
muy reales.

(Vase DON DUARDOS).

ARTADA.  
¡El diablo que lo lleve!  
¡Al diablo que lo doy,  
tan dulce hombre!  
El que a tanto s'atreve,  
alto es, si en mí estoy,  
el su nombre.

Tengo de contar arreo  
a Flérída su pasión de él  
que encobría,  
y lo que dize le creo:  
ella no lo ha de crer  
todavía.

Llega adonde está FLÉRIDA, y dice:

ARTADA.  
Señora, con este termo  
de la huerta,  
Julián, de amor enfermo,  
determinó declararse,  
y vengo muerta.  
Quanto habló se redunda  
que por vos es hortelano  
y no reposa.

FLÉRIDA.  
Yo no sé en qué se funda.

ARTADA.  
Señora, no es villano,

mas gran cosa.

FLÉRIDA.

¡Oh triste! Dixéaos ora  
quién es, porque, esto sabido,  
terná medio.

ARTADA.

No dize más, mi señora,  
sino que es hombre perdido  
sin remedio.

Mas, señora, vaya allá  
sola vuessa señoría  
y espere  
si se le declarará  
o con qué nueva osadía  
la requiere.

FLÉRIDA.

Si yo hallo que de hecho  
me habla claros amores,  
yo me fundo  
que es ansí como sospecho  
ser príncipe de los mayores  
que hay en el mundo.

Entrando FLÉRIDA, sola, por el pomar de la huerta, va diciendo:

FLÉRIDA.

¡Quán alegres y contentos  
estos árboles están!  
En esto veo  
que no son graves tromentos  
los que sufre Julián  
con desseo:

que en la cámara a do estó  
veo llorar las figuras  
de los paños  
del dolor que siento yo,  
y aquí crecen las verduras  
con los daños.

Y mis jardines, texidos  
con seda de oro tirado,  
se amustiaron,



porque mis tristes gemidos,  
teñidos de mi cuidado,  
los tocaron:

y yo veo aquí las flores  
y las agitas perenales  
y lo ál,  
tan ajenas de dolores  
como yo llena de males  
por mi mal.

D. DUARDOS.

No sé qué viene hablando  
la mayor diesa del cielo  
entre sí:  
si mal me viene rogando,  
ya los males son consuelo  
para mí.

Si ruega a Dios que me dé muerte,  
nadie tiene en mí poder,  
sino ella;  
y dichosa fue mi suerte,  
pues muerte no puedo haver,  
sino de ella.

FLÉRIDA.

Julián, ve tú ahora  
y cógeme una mançana.

D. DUARDOS.

Lo que yo digo:  
discordia queréis, señora.  
¡Oh, mi guerrera troyana!  
¡paz conmigo!  
La mançana que queréis,  
aunque vos la merecistes,  
vida mía,  
es discordia que traéis,  
con que ya me despedistes  
d'alegría.

FLÉRIDA.

¿Qué hablas? ¿Estás dormiendo?  
¿Sueñas en la Troya ahora?

D. DUARDOS.

Mas despierto  
el sueño de vuessos olvido,  
con que estos días, señora,  
me havéis muerto.

FLÉRIDA.

Se supiese bien de cierto  
que esso me dizes velando,  
matarm'hía.

D. DUARDOS.

Yo no hago desconcierto  
en andaros contemplando  
noche y día.

Diosa mía, no pequé  
en adoraros, señora,  
la hermosura.  
¿Cómo contra ley ni fe  
va aquel que os adora,  
por ventura?

¿Adónde estuvo escondida  
vuessa alteza, pues que sabe  
mi pasión?:  
que piedad merecida  
en tales señoras cabe,  
de razón.

FLÉRIDA.

Piedad tengo de ti,  
que tu mal para sanar  
no hay cura.

D. DUARDOS.

¿Por qué, señora?

FLÉRIDA.

Porque oí  
que no se puede curar  
la locura.

D. DUARDOS.

Pues ¿qué haré, perdido el seso,  
sin tener en tierra agena

cura en mí?  
Pues pesad en justo peso  
que por vos, reina serena,  
lo perdí.

Y perdí el ánima mía,  
si de perder yo ventura  
sois servida;  
perdí de ser quien solía  
por la mayor hermosura  
de esta vida.

FLÉRIDA.  
¿Quién solías tú de ser?

D. DUARDOS.  
De moço guardé ganado  
y arava:  
esto sé yo bien hacer.  
Después dexé el arado  
y trasquilava.  
Después estuve a soldada  
y acarreava harina  
de un molino.

(Sale ARTADA y FLÉRIDA le dice:)

FLÉRIDA.  
Paréceme a mí, Artada,  
que este caso no camina  
buen camino.

D. DUARDOS.  
Ya lo veo, alma mía;  
que es camino de dolor  
y de pesar.

FLÉRIDA.  
¿Adónde hallaste osadía?

D. DUARDOS.  
En el templo del Amor,  
sobre el altar.

FLÉRIDA.  
Luego bien sospecho yo

que no llega ahí villano.

D. DUARDOS.

¡Oh, mi Dios,  
no queráis saber quién so!:  
sed vos Roma, yo Troyano  
para vos.

Sed para mí Costantino;  
aquel noble emperador  
me sed, señora:  
y yo, la moça del molino,  
la que él hizo por amor  
emperadora.

¡Oh, milagrosa señora,  
oh, milagrosa princesa  
divinal,  
no matéis quien os adora,  
que ninguna sancta diesa  
haze mal!

FLÉRIDA.

Vámonos d'aquí, Artada,  
de esta huerta sin consuelo  
para nos,  
¡de fuego seas quemada,  
y sea rayo del cielo,  
plega a Dios!

¡Oh, hombre! ¿No me dirás,  
pues que me quieres servir,  
quién tú eres?  
Dímelo a mí no más;  
ya sola te lo quiero oír,  
si quieres.

D. DUARDOS.

Plázeme, con tal cautela,  
por hazer hechos discretos,  
que estemos  
sin sol, luna ni candela  
que descubran los secretos  
que hacemos.

Será a horas y en lugar

que estén solas las estrellas  
de presente,  
los árboles sin lunar  
y Artada allí con ellas  
sin más gente.

Allí os descubriré  
quién soy, y seréis servida  
pues queréis  
no crer quién soy yo soy, por fe,  
que por vos tomé esta vida  
que me veis.

Y si tenéis desconsuelo,  
pensando que pera enojaros  
esto quiero,  
juro a los dioses del cielo  
que solamente en miraros  
temblo y muero.

(Habla ARTADA aparte a DON DUARDOS).

ARTADA.  
Señor, mudad el pelejo,  
id a vestir vuessos paños  
naturales:  
ella haverá su consejo  
que estes passos traen daños  
immortales.

Vase DON DUARDOS, y vanse ARTADA y FLÉRIDA hablando, y dice ARTADA:

ARTADA.  
Señora, ¿qué será aquí  
si este hombre es cavallero  
y no ál?  
¿Para qué es, triste de mí,  
dar por la vaca el vaquero  
principal?  
D'otra parte, ¿qué ha d'hazer,  
salvo si es príncipe él  
de Normandía?

FLÉRIDA.  
¿Y quién se havía de atrever  
a mí, si no fuese aquél

o su valía?

ARTADA.

Paréceme mal, señora,  
queremos hablar a oscuras.

FLÉRIDA.

Y a mí.

ARTADA.

Yo duermo luego en la hora  
que anochece, y sus dulçuras  
bien las vi.

FLÉRIDA.

¿Qué remedio?, que yo me fino  
por saber quién es este hombre.  
Soy perdida.  
Ardo en fuego de continuo  
con ansias que no han nombre  
ni medida.

En cuanto pasaban todas esas cosas, mató CAMILOTE a DON ROBUSTO y a otros caballeros, por el reto de MAIMONDA contra FLÉRIDA. Y al saber esto DON DUARDOS, se armó, se fue al campo y mató a CAMILOTE. (La escena es ahora en la huerta de FLÉRIDA, donde está la princesa con ARTADA y las doncellas músicas) y entra AMANDRIA diciendo:

AMANDRIA.

Camilote es muerto ya.

FLÉRIDA.

¿De verdad?

AMANDRIA.

Sí, por cierto.

FLÉRIDA.

¿Quién lo mató?

AMANDRIA.

Ninguno lo sabe allá.  
Maimonda, que lo vio muerto,  
luego ahuyó:  
va tras de ella el cavallero.

FLÉRIDA.

¿No es él de nuestra corte?

AMANDRIA.

¡Para mayo!:

es un príncipe extranjero.

Tan presto le dio la muerte  
como un rayo.

FLÉRIDA.

¿De qué estatura será?

AMANDRIA.

Del cuerpo de Julián,

y así hermoso.

Algunos dicen allá

que es el Cavallero del Can,  
el famoso.

FLÉRIDA.

Assentaos y holguemos.

Cantad algo, mis doncellas,

todas vos,

que cedo al son de los remos

fenecerán las querellas

de los dos.

Cantan y tañen, y al acabar, dice ARTADA (aparte a FLÉRIDA:)

ARTADA.

Acuérdeseos, señora, que el Sol es partido

de nuestros horizontes y es noche cerrada:

la Luna ahora es toda menguada.

y solas estrellas quedó 'n el partido.

Heis que parece la estrella Polas

con la Bozina, su Carro guiando.

FLÉRIDA.

En eso estaba, Artada, pensando.

(Se dirige a las damas).

FLÉRIDA.

Dexadnos vosotras rezar aquí solas.

(Vanse las doncellas y AMANDRIA, dejando solas a FLÉRIDA y a ARTADA).

ARTADA.

¿Qué caso sería y buena fortuna  
matar Julián aquel fiero hombre?

FLÉRIDA.

Que no es Julián, Artada, su nombre,  
y él no mató sin duda ninguna.  
Y éste m'afirmo ser mor cavallero  
de toda la Grecia y de todo el mundo.  
Y cada vez más este caso es profundo,  
que ahora le quiero más que de primero.

Viene DON DUARDOS, vestido de príncipe, con la guirnalda de MAIMONDA, y dice:

D. DUARDOS.

¡Oh, cuán poquito servicio  
es poner por vos la vida!  
¡Cuán pequeño!  
Que no es gran beneficio  
pagar la deuda de vida  
a su dueño.

Por vos se deve morir,  
a vos se deve el osar,  
alta infanta,  
que sois diesa del bivar  
y señora del matar,  
siendo sancta.

A vos, señora, son devidas  
flores de más altas rosas  
y peligro,  
aunque éstas fueron cogidas  
en las sierras más hermosas  
de este siglo.

Y aquel que las cogió  
se puso en harta ventura  
con serpientes;  
él por Maimonda murió,  
y yo por la hermosura  
de las gentes.

(Habla FLÉRIDA aparte a ARTADA).



FLÉRIDA.

Artada, ¿qué le diré?

ARTADA.

Que viene muy gentil hombre

FLÉRIDA.

¡Oh, quién supiese su nombre!

¡Oh Dios! ¿Por qué no lo sé?

D. DUARDOS.

Pero quiso vuessa alteza  
que deva besar la mano,  
de mi seda,  
y no de vuessa grandeza,  
pues, si yo me soy villano.  
ahí se queda.

Yo a vos amo, y no más.  
Por princesa, por ventura,  
no, ¡cuitado!;  
que mucho queda detrás  
de vuessa gran hermosura  
vuessos estado.

¡Por mí, por mí (que yo por vos,  
y no por serdes tan alta,  
soy cativo),  
dadme la vida, mi Dios!  
que el hombre adó no hay falta,  
bueno es bivo.

FLÉRIDA.

Sea de qué suerte sea,  
allegada es vuessa tema  
al engaño.

Queréis vencer mi pelea,  
y no queréis que me tema  
de mi daño.

Queréis que pierda ell amor  
a mi padre y a mi señora  
y al sossiego,  
y a mi fama y a mi loor  
y a mi bondad, que se desdora  
en este fuego.

D. DUARDOS.

No devéis considerar,  
que el lugar y las estrellas  
y el modo,  
el amor y el callar,  
mis dolores, mis querellas  
vencen todo.

FLÉRIDA.

En todo quanto desseo,  
en todo os hallo duro  
hasta aquí.  
Todo siento, todo veo,  
y todo se haze oscuro  
para mí.

D. DUARDOS.

Si al menor rincón llegáis  
de mi ardente corazón,  
encenderéis  
candela con que veáis  
que os pido galardón  
que me devéis.

FLÉRIDA.

¿Qué será de mí, Artada,  
pues que amar y resistir  
es mi pasión?

ARTADA.

Señora, estoy espantada;  
y cantando quiero dezir  
la conclusión:

(Canta ARTADA). Cantiga.

«Al amor y a la Fortuna  
no hay defensión ninguna».

FLÉRIDA.

Aunque nunca se halló  
al Amor y a la Fortuna  
defensión,  
deviera haver, triste yo,  
para mí siquiera alguna,

de razón.  
¡Oh ventura, diosa mía,  
refugio de los humanos  
soberano!  
tú sola tomo por guía,  
y entrégome en tus manos  
por mi mano.

(Viene un PATRÓN de galeras).

PATRÓN.  
Señor, es ya plenamar  
y son horas naturales  
de partir,  
porque puedan bien nadar  
las diez galeras reales  
y salir.

Y las otras medianas  
y las fustas y galeras  
y las naves  
están y vienen loçanas,  
espalmadas y ligeras  
como aves.

Parta vuessa señoría,  
pues la noche haze oscura  
y es hora.

D. DUARDOS.  
¿Qué dezís, señora mía?

FLÉRIDA.  
Ya me di a la ventura,  
mi señora.  
Y pues sabe este pumar  
y la huerta mi dolor  
tan profundo,  
quiero que sepa la mar  
que el amor es el señor  
de este mundo.

ARTADA.  
Por memoria de tal trance  
y tan terrible partida  
venturosa,

cantemos nuevo romance  
a la nueva despedida  
peligrosa.

*Romance* (para final del Auto)

ARTADA.

En el mes era de abril,  
de mayo antes un día,  
cuando lirios y rosas  
muestran más su alegría,  
en la noche más serena  
que el cielo hazer podía,  
quando la hermosa infanta  
Flérída ya se partía,  
en la huerta de su padre  
a los árboles dezía:

FLÉRIDA.

Quedaos adiós, mis flores.  
mi gloria que ser solía:  
voyme a tierras estrangeras,  
pues ventura allá me guía.  
Si mi padre me buscare,  
que grande bien me querría,  
digan que amor me lleva,  
que no fue la culpa mía:  
tal tema tomó conmigo  
que me venció su profía.  
¡Triste, no se adó vo,  
ni nadie me lo dezía!

ARTADA.

Allí habla don Duardos:

D. DUARDOS.

No lloréis, mi alegría,  
que en los reinos de Inglaterra  
más claras aguas había  
y más hermosos jardines,  
y vuessos, señora mía.  
Ternéis trezientas donzellas  
de alta genelosía;  
de plata son los palacios  
para vuessa señoría,

de esmeraldas y jacintos,  
d'oro fino de Turquía,  
con letreros esmaltados  
que cuentan la vida mía,  
cuentan los bivos dolores  
que me distes aquel día,  
quando con Primaleón  
fuertemente combatía.  
¡Señora, vos me matastes,  
que yo a él no lo temía!

ARTADA.

Sus lágrimas consolava  
Flérida, que esto oía.  
Fuéronse a las galeras  
que don Duardos tenía:  
cincuenta eran por cuenta;  
todas van en compañía.  
Al son de sus dulces remos  
la princesa se adormía  
en braços de don Duardos  
que bien le pertenecía.  
Sepan quantos son nacidos  
aquesta sentencia mía:  
que contra la muerte y amor  
nadie no tiene valía.

PATRÓN.

Lo mismo iremos cantando  
por essa mar adelante,  
a las serenas rogando  
y vuestra alteza mandando  
que en la mar siempre se cante.

Este romance se dice representado & después tornado a cantar por despedida.

FIN